

# Mi primo estaba equivocado

por Bernardo Rienaldi

Mi mamá dice que está feo espiar a los demás, pero vi una película en la que un señor tenía la pierna escayolada y se distraía mirando por la ventana observando lo que hacían sus vecinos. Cuando cumplí ocho años los médicos encontraron un fallo grave en mi hígado. Dijeron que necesitaría un trasplante pero, mientras tanto, tenía que hacer reposo porque estaba siempre cansado y vomitaba. No podía salir de casa y me aburría mucho, así que cogí mi libreta y empecé a mirar por la ventana.

No podía ver a mis vecinos porque no había terrazas ni azoteas cercanas, pero descubrí un lugar que cautivó mi imaginación: desde mi ventana, en la parte derecha, podían verse casi completamente los andenes de la estación de autobuses Plaza de Armas. Allí llegaban viajeros desde los pueblos del área metropolitana y también de otros lugares.

Por las mañanas, entre las siete y media y las nueve, aproximadamente, los autobuses parecían panales derramando enjambres de abejas en formaciones irregulares, pequeñas marabuntas de criaturas laboriosas que venían a Sevilla a trabajar, a estudiar o simplemente de compras. Mi primo Luis decía siempre que la gente de pueblo era cateta, pero yo veía gente de todo tipo. Me divertía tomar notas en mi libreta jugando a adivinar cómo eran sus vidas, dónde trabajaban o qué estudiaban...

Además de eso, pasaron cosas emocionantes. En verano estuvieron rodando un anuncio y llenaron los andenes de cámaras y focos. Antes de

Navidad hubo un pequeño accidente y al mes siguiente un robo. Vino la policía e incluso me pareció verlos investigar por los tejados y los alrededores de las cocheras. Yo tomaba nota de todo.

Recuerdo que luego empeoré y no podía levantarme de la cama. Algunos días mi madre reunía la suficiente paciencia para mirar por mí y me contaba historias de los viajeros. Me hablaba de sus ropas, de sus maletas o bolsas, si corrían, si hablaban entre ellos... Yo soñaba con ponerme bueno y subirme cada día en uno de aquellos autobuses y dejarme llevar y visitar todos los pueblos y conocer a sus gentes.

En Semana Santa tuve ya que ingresar en el Hospital y los médicos me pusieron en una lista especial en espera de un donante de urgencia. Después de dos semanas muy duras, llegó un órgano y un tal doctor Vela me operó una mañana de primavera. Mi vida empezó de nuevo. El doctor fue muy simpático. Vino a conocerme y me explicó que mi nuevo hígado viajó en helicóptero desde Córdoba. Durante unos días olvidé los autobuses y soñé con helicópteros y aviones. Pero entonces, una enfermera me contó que el doctor Vela vivía en un pueblo y que, con lo importante que era, ¡venía cada día en autobús! ¡y luego en bicicleta desde la estación!...

Y apunté tres cosas en mi libreta:

- 1- El nombre del pueblo del doctor Vela.
- 2- Que, de mayor, yo quería ser cirujano... o conductor de autobús.
- 3- Que mi primo estaba equivocado.